

MOMENTOS DOLOROSOS DEL LICEO CATÓLICO ATACAMA: MONOGRAFÍA DE UNA REALIDAD NACIONAL

Por Osvaldo Carvajal Rodríguez

Profesor de Historia y Geografía

Fundador y Director de la editorial Huatulame

Autor del libro *Liceo Católico Atacama*.

Su incidencia en el devenir del Copiapó de los siglos XVIII, XIX y XX.

En la homilía pronunciada por monseñor Ricardo Morales Galindo, durante la misa de aniversario del Liceo Católico Atacama del año 2026, se refirió a los momentos de dolor que la institución probablemente ha debido afrontar a lo largo de sus 294 años de existencia. Sus palabras me llevaron a recordar algunas situaciones difíciles vividas por las distintas generaciones que han dado vida a esta institución educacional copiapina, hoy cercana a su tricentenario.

Uno de esos episodios, sin duda fue, la reiterada destrucción de la iglesia de La Merced durante el siglo XVIII: «tres veces la destruyeron los temblores antes del terremoto de abril de 1819, que dio también al suelo con ella», registró Sayago en Historia de Copiapó. Esta, junto al convento y la escuela se habían levantado en las tierras que don Juan Antonio Gómez Granizo legó para ese propósito en 1724.

Otro momento de profundo dolor debió de producirse con la confiscación de la escuela de La Merced y de terrenos pertenecientes a la iglesia y al convento mercedario durante el Gobierno de Ramón Freire (1824-1826). Este episodio adquiere especial relevancia si se considera que, durante el período de la Independencia y los primeros años de la República, aquella era la única escuela en funcionamiento en Copiapó. En el primer censo encargado por el Gobierno de los hermanos Carrera figuraba con 60 alumnos. A pesar de la expropiación, la escuela continuó funcionando y los religiosos no dejaron de prestar su servicio a la comunidad. Su administración fue asumida por el Cabildo de Copiapó, mientras los religiosos mercedarios siguieron dirigiéndola e impartiendo clases de manera gratuita. Para dimensionar la envergadura de su aporte, solo desde la perspectiva económica, Sayago explicaba que el sueldo de un preceptor «era mayor que todas las rentas con que contaba la villa», al referirse a la escuela que el Cabildo había intentado sostener por orden del gobernador Ambrosio O'Higgins y que, hacia 1792, no habría logrado mantenerse. Sin embargo, a pesar de aquello, las autoridades civiles del Copiapó de la época, hicieron caso omiso a la Constitución de 1833, que reconoció las escuelas conventuales y se dispuso la devolución a la Iglesia de los establecimientos que permanecían confiscados. La escuela de La Merced no fue restituida hasta 1850. Ello no habría sido posible sino gracias a las reiteradas gestiones ante el Gobierno nacional del Provincial de la Congregación de los Sagrados Corazones, cuyos religiosos habían asumido la administración de la escuela, el convento y la iglesia de La Merced.

También debieron de causar un profundo pesar el gran incendio de 1914, que consumió la iglesia de estilo gótico construida hacia 1864 por los religiosos de los Sagrados Corazones, y, posteriormente, el terremoto de 1919, que destruyó una parte importante del colegio. Estos acontecimientos contribuyeron al retiro de los religiosos del Verbo Divino de Copiapó — conocidos también como sacerdotes alemanes— y al cierre del nivel medio del establecimiento, que funcionaba con el nombre de Liceo Alemán. El nivel básico, en cambio, continuó desarrollando sus actividades bajo la denominación de Escuela Emeterio Goyenechea Gallo.

En 1967, el colegio atravesó nuevamente una situación muy dolorosa: el cierre de la enseñanza media, que funcionaba desde 1953 como Liceo Católico Atacama. Como consecuencia, sus estudiantes debieron ser trasladados a otros establecimientos de la ciudad y se subastaron el mobiliario y el material pedagógico, con la consiguiente pérdida de una parte importante del patrimonio que el liceo había recibido y conservado desde sus orígenes en el siglo XVIII.

Este cierre se produjo en un contexto de dificultades políticas y presupuestarias durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Enrique García Ahumada, en su libro *La educación Católica entre barquinazos políticos*, sostiene que la subvención no fue entregada «por los recortes al presupuesto por congresales opuestos a la Iglesia y atrasada en un año a pesar de la inflación». La reducción y el retraso de los recursos habrían afectado seriamente la continuidad de la enseñanza media. Resulta particularmente paradójico que esta situación la generaran miembros de los mismos partidos políticos integrantes de la colación que durante los gobiernos del Frente Popular solicitaran a la Iglesia la apertura de nuevos colegios para responder a la creciente demanda de educación secundaria. Para ello, inclusive, generaron la Ley de Subvención Escolar en 1951, cuyo financiamiento obstaculizaron en 1967. Esta Ley buscaba incentivar la creación de establecimientos educacionales por parte de sostenedores privados en distintas regiones del país y, debido a que la Iglesia, en virtud de su prolongada experiencia educativa desde la época de la Gobernación española, era la institución que contaba con mayor capacidad para contribuir a la ampliación de la cobertura escolar.

En Copiapó, mientras avanzaban las gestiones para constituir una diócesis independiente del Obispado de La Serena, dentro de éste contexto, la Iglesia respondió a las necesidades educacionales de la comunidad mediante diversas iniciativas: la fundación del Liceo Sagrado Corazón de Jesús en 1949; la reapertura de la enseñanza media del Liceo Católico en 1953; y la creación del Liceo Técnico Belén en 1955.

Tras el cierre de la enseñanza media, el establecimiento continuó funcionando únicamente en el nivel básico, bajo el nombre de Escuela Particular Nuestra Señora del Carmen. En 1970, el Liceo Católico reabrió su nivel medio con el nombre de Liceo Mixto Sagrado Corazón, como resultado de su fusión con el establecimiento dirigido por las Hermanas Esclavas del Corazón de Jesús.

Después del golpe de Estado de 1973, y en el contexto de la labor desarrollada por la Iglesia en defensa de las personas cuyos derechos humanos habían sido vulnerados, bajo el liderazgo de monseñor Fernando Ariztía, el liceo se convirtió en un espacio de acogida y trabajo para diversos profesores exonerados por el Gobierno Militar. Entre ellos había personas vinculadas a sectores políticos que eran parte de los mismos partidos que en 1967 le habían obstaculizado la aprobación de la subvención escolar para perjudicar justamente a los colegios de la Iglesia que en esos momentos los acogía y defendía. Sin embargo frente a violaciones tan extremas como las que se estaban viviendo, la Iglesia no dudo en defender la vida y la dignidad, y el Liceo Católico fue un espacio de apoyo y protección en circunstancias especialmente difíciles.

La implementación del Sistema de Admisión Escolar (SAE) también ha causado dolor en la comunidad liceana, pues impide a muchos exalumnos asegurar el ingreso de sus hijos al colegio donde estudiaron ellos, sus padres o abuelos. Paradójicamente, fue aprobado en el 2015, por sectores políticos cuyos miembros fueron acogidos y defendidos por la Iglesia y el Liceo Católico durante las décadas de 1970 y 1980.

El sistema asigna las vacantes mediante un procedimiento centralizado. En la experiencia de algunos exalumnos, la incertidumbre asociada a este proceso habría motivado la búsqueda de otras alternativas educacionales en establecimientos particulares de Copiapó, situación que generó la pérdida de la continuidad de vínculos históricos entre el liceo y las familias que han formado parte de su comunidad durante generaciones. Sin embargo la modificación legal que se está discutiendo en el parlamento es una luz que permitirá al liceo, al ser un colegio sobredemandado en solicitud de matrícula, incorporar dentro de sus criterios de admisión, el ser hijos e hijas de exalumnos del establecimiento.

El Liceo Católico Atacama se encamina hacia sus trescientos años de existencia ininterrumpida. Durante este extenso período ha entregado una sólida formación cristiana y una educación de excelencia a miles de personas de distintos grupos socioeconómicos, constituyéndose en un importante espacio de formación y promoción social. A pesar de los momentos difíciles que le ha correspondido vivir y de las tensiones internas y externas que ha debido afrontar, la institución ha demostrado una notable capacidad de continuidad y renovación, siendo una valiosa institución que debe permanecer.